

rios,⁹ los cuales, dice que fueron muy estimados por haber sido muy dados al culto y servicio de los dioses. Éstos tenían autoridad de juzgar cualquiera negocio que se ofrecía, ora fuese público o secreto; cualquier delito o culpa que en la república se cometía castigaban como jueces ordinarios, por ser auditores de todas las cosas que se trataban; cualquier pleito o litigio, así de heredades y tierras como de otras posesiones y casas que ante ellos pasaba, lo sentenciaban y concluían con satisfacción de partes; y daban castigo o premio por las cosas que a su tribunal ocurrían; criaban magistrados, instituían señoríos como gente absoluta y que no tenían superior a quien dar cuenta de nada. De donde parece que estos sacerdotes hacían oficio de reyes, siendo el propio sacerdotal. De los primeros mexicanos que vinieron a esta tierra sabemos que no trajeron rey, ni otro caudillo particular (contra los que tienen o afirman lo contrario),¹⁰ sino que venían regidos de los sacerdotes y ministros del demonio, sobre cuyos hombros venía la imagen del dios Huitzilupuchtli, y a los consejos y determinaciones de estos ministros eran obedientes. De manera que los más supremos en aquella república, y que tenían veces de príncipe y servían de rey a los sacerdotes y ministros del demonio, obedecían como a supremos y que no reconocían dependencia de nadie.

CAPÍTULO XX. *De cómo ha sido costumbre del demonio constituir ministros para mejor introducir sus errores y engaños, tomando motivo de lo que Dios ha hecho en las edades y tiempos antiguos*



OSTUMBRE HA SIDO DE DIOS, desde los primeros tiempos del mundo, darse a conocer a los hombres por sus ministros, apareciéndose a unos y por estos mismos hablando y manifestándose a otros. Con Adán habló y a él le puso precepto y por él hablo a Eva, cuyo mandamiento no guardó. A Moysén tomó por su caudillo para la elección de su pueblo y por boca suya le dio la ley y lo industrió.¹ Después también, corriendo el tiempo, les fue hablando por sus profetas, como en todos es manifiesto y nos lo dice San Pablo;² y de ello se precia el mismo Dios, diciendo que no ha hecho cosa en su pueblo que primero no la hubiese comunicado con sus profetas. Y últimamente el mismo Dios, tomando carne humana, se hizo pregonero de su misericordia, hablando por boca de su hijo (como el mismo Apóstol³ nos enseña y la verdad católica nos lo publica). Ésta ha sido costumbre de Dios (como digo) desde la creación del mundo y formación del hombre; y no sin gran razón ha usado de este modo particular de

⁹ Caesar in Comentar. de Bello Gallico.

¹⁰ Tomo I. lib. 2. cap. 1.

¹ Genes. 2, 16. Genes. 6. Exod. 19. et 20.

² Ad Ephes. 3, 6.

³ Ad Ephes. 2, 17. et 4, 22.

comunicarse y manifestarse a los hombres, dándoles a entender su voluntad; porque mientras menos se comunica y trata una cosa, es cosa cierta que se tiene en más estimación, lo cual al contrario acaece, que de la mucha conversación (como dice el *Proverbio*) nace el menosprecio. De este modo de comunicación vemos que aun los mismos hombres han usado, y reinos y reyes ha habido que no han hablado ni hablan sino por faraute, y la voz tan sumisa y baja que apenas se oye;⁴ todo esto en orden de mostrar su grandeza y a fin de ser de todos respetados. Esto se prueba en los reyes de esta Nueva España, en especial se dice de aquel gran monarca Motecuhzuma, que no oía razón ni la decía que no fuese por faraute, a quien hablaba con voz muy baja y grave, que apenas parecía que movía los labios; y éste lo refería con voz más alta a los presentes o ausentes, y lo mismo se dice de los reyes chinos.

Pues siendo ésta condición humana y cualidad que se halla en príncipes y reyes terrenos, no es mucho que en el supremo y criador de todas las cosas corra esta propiedad en mayor y más aventajado estilo y grado; y que si el hombre se quiere representar dios para con el hombre, como dice el *Proverbio*, para sólo que le estime, acate, respete y reverencie, que Dios (a quien todo esto es debido de deuda propia y natural) se manifieste en modo conveniente y necesario para ser conocido de los hombres por Dios. De este intento nace haber tenido por Dios hombres en el mundo que han sido ministros de su voluntad, los cuales la han dado a entender a la demás gente del pueblo; de éstos son los patriarcas, los profetas, sacerdotes, así del Viejo, como del Nuevo Testamento, como ya hemos visto en los capítulos pasados; y ellos dicen quién es Dios (en la manera que según la capacidad humana a ella es comunicable), ellos manifiestan su voluntad y declaran su palabra, y por ellos han sido y son enseñadas las gentes y conservadas en el servicio de Dios. Y otros, que se habían apartado y alejado de esta verdad y necesario y forzoso conocimiento, han sido, por ellos, reducidos a él y lo serán en lo por venir; y para estos fines los ha escogido Dios y segregado y apartado del común de la gente, como a suerte particular y propia suya, para que se muestren ministros de Dios en la diferente comunicación y oficio de los seculares, que no atienden a más que a vivir la vida y buscar los medios más útiles y deleitosos para conservarla. De cuyo intento resulta el descuido y olvido de Dios; y consiguientemente, el desconocimiento de su voluntad y ley, porque con el cuidado de lo primero viene el descuido de esto postrero.

Éstos, pues, son entre los gentiles y naciones que ignoraron y vivieron sin el conocimiento del verdadero Dios los sacerdotes a quien primero se muestra y hace algunos particulares regalos, o descubre o avisa de algunas verdades necesarias, de las que naturalmente se pueden saber para que le den crédito; porque con éstas engaña a todos los demás. Así hacía en estas tierras apartadísimas del verdadero culto de Dios y muy ejercitadas y diestras en el del demonio. A estos sacerdotes o sátrapas engañosos tenía el

⁴ Tomo I. lib. 2. cap. 74.

universal y primer engañador del mundo por sus profetas y por sus predicadores; y así como Dios se aprovechaba de los suyos verdaderos, para darse a entender a los hombres y aclararles la luz del entendimiento, para imprimir en ellos la razón que hay para obedecerle, así él con los falsos suyos trabajaba (y de presente trabaja) obscurecerles y ofuscarles en la verdad, para que ciegos desconozcan el camino del cielo y vayan a pasos contados por el de el infierno al despeñadero en que su malicia lo derribó y tiene aherrrojado para siempre; y nazca de este intento que ya que con verdad no puede ser estimado, lo sea sin verdad; y que de la manera que Dios se sirve de sus profetas, sacerdotes y ministros, así él se aproveche para su falsa idolatría de estos desatinados ministros.

CAPÍTULO XXI. Que prosigue la materia del pasado; del intento que el demonio ha tenido en tener sacerdotes y ministros, por los cuales más fácilmente ha traído a sí las gentes y las ha engañado, para servirse de ellas; y se prueba este su engañoso intento en los indios de esta Nueva España e islas convecinas



OMO EL DEMONIO TIENE POR FIN engañar a los hombres y tenerlos debajo de su yugo para servirse de ellos, como ya hemos dicho, lo primero que hace para conseguir este dicho fin es constituir ministros, imitando a Dios y engañando las personas que más dispuestas y aparejadas halla para ello, que sean maliciosas y resabidas. Éstos han sido siempre entre gentiles y naciones que han ignorado al verdadero Dios, los que se llaman sacerdotes y ministros sacros (como hemos visto) a quienes primero se ha mostrado y hecho algunos particulares regalos, y ha descubierto o avisado de algunas necesidades verdaderas, para que saliendo verdades le den crédito en todo lo demás que miente; y teniéndole de él, estos sacerdotes y todo el demás pueblo y gente le sigan y vayan tras él errados. Esto hizo siempre en el mundo, en todos los oráculos que por él ha habido derramados, donde entre una verdad decía cien mil mentiras. Y muy en particular tuvo esta astucia y usó desta diabólica maña con los indios de las islas de Santo Domingo y Cuba,¹ que era gente simplicísima y ruda, donde no había muy abiertamente ni del todo entrado ni introducido la fuerza de su idolatría; y por ventura había pocos años que los había comenzado a engañar, porque no súbitamente corrompió con ceguera de sus maldades a todo el linaje humano, ni les desposeyó ligeramente de las cosas divinas, sino poco a poco obscureciendo la lumbre natural y el entendimiento que muestra lo bueno e inclina a buscar al verdadero Dios. Y Dios justo y bueno no luego desampara a los hombres y priva de su gracia, sino que primero espera que lo desmerezcan, por sus maldades y pecados (como

¹ Tomo 3. lib. 18. cap. 6 y 7.